Cuando te declaré como mi cielo, me decretaste tu infierno

Capítulo 1

Exactamente en el momento que te digo que quiero pasar el resto de mi vida contigo, se te ocurre decir que te has cansado y que no podemos ni ser amigos. Justo cuando digo quiero ir más en serio te atreves a decir que para ti siempre fui un juego. Justo cuando digo que te quiero más, se te ocurre confesarme que ni siquiera me quieres ya. Precisamente cuando digo que para mí eres lo más importante, se te da por decirme que existe entre los dos un amante. Justo cuando te dediqué mil y un insomnios decidiste dormirte e ignorar mis sueños lúcidos a tu lado. Justo cuando he confesado al mundo lo que siento, te nació el deseo de decirme que quieres que siempre se mantenga en secreto.

Exactamente cuándo te he susurrando al oído que eres lo más bonito, me gritas que soy lo peor que te ha pasado. En el momento exacto cuando he dicho que eras mi hogar con sinónimo a libertad me has confesado que mi compañía era una jaula sin salida. Construí cimientos de diamante par solidificar la relación, justamente cuando tu castillo de arena se destruyó. Justo cuando había recuperado la voz, decidiste silenciarme con el crudo himno del adiós.

Esperaste justo a que te dijera que por ti no he cometido ni cometería ningún error, para decirme lo siento, he fallado por segunda ocasión. Creíste que era buen momento para decirme que lo nuestro era cuento viejo, exactamente cuando yo terminaba de decir que contigo se detiene el tiempo.

Me rompiste el corazón, así como te lo hicieron a ti en una ocasión, olvidando como se sintió que en un segundo te rompieron una a una cada ilusión.

Justo cuando te había revelado todo mi pasado optaste por ocultarme todo tu presente. Justo en el instante que dije hasta la muerte, rompiste el silencio y me dijiste te deseo buena suerte.

En el preciso momento que te confesé que te amo, se te ocurrió decirme adiós y soltar mi mano.

Justo cuando estuve a punto de odiarte, entendí y supe que debía agradecerte por mostrarte tal y como eres, por hacerme entender lo que sentías y era (nada) por mí. Exactamente cuando me estaba quedando ciega por amor, cuando me estaba perdiendo en tu sonrisa decidiste retraer la cuerda que me mantenía flotando, casi con los pies en el cielo, para hacerme tocar el suelo de la manera mas abrupta, cruel y totalmente necesaria.

Por eso al final de todo en el preciso momento que la verdad absoluta fue revelada entendí que todo lo que sentí un día por ti no se transformaría en odio o rencor, sino que lo convertiría en mi himno de superación.

Porque la vida es así de exquisita, te presenta seres que rápidamente se convertirán en tu debilidad y fortaleza, te los pone justo en el momento que mas lo necesitas, en ese fragmento de camino que más soledad existe, donde la carga es insoportable para uno solo, cuando las lagrimas son tantas y tan cotidianas que se terminan volviendo amigas, sencillamente la vida te concede el regalo de la mejor compañía para salvarte cuando sientes que el mundo se ha venido abajo, para devolverte la esperanza en la calamidad, pero espera que esa compañía por la cual estamos dispuestos a dar nuestras 7 vidas, se vuelva indispensable, irremplazable y completamente inolvidable, para en ese justo momento sacarlos de la manera mas vulgar o dolorosa de nuestras vidas, para arrebatarnos la única felicidad que habíamos encontrado mientras estábamos encallado en el puerto de la rendición total, dejándonos un dolor mucho mayor que el que llegaron a reparar, dejándonos dibujados más miedos que al inicio, cicatrices mas pronunciadas para recordarnos de dónde venimos y hacia dónde queremos ir. Porque justo cuando estamos en nuestra zona de confort es cuando dejamos de esforzarnos, cuando empezamos a ser conformistas, y es justamente ahí cuando debemos caer, cuando tenemos que tocar fondo para no olvidar como se siente estar en el clímax de la felicidad, porque justo cuando el dolor se manifiesta es cuando se empieza a valorar los pequeños momentos de satisfacción.

Justo cuando estuve a punto de dejar de escribir, sentí que mis dedos tenían tanto decir, que algo en mí había cambiado, que había logrado tocar mis propias emociones y era el momento justo para empezar a vivir.

Silvia Robles